

Reinventar el Estado y gobernar la globalización

■ Francisco Javier Ibañate

1. Reinventar, refundar, reformular

Al terminar el segundo milenio, en varias cumbres mundiales se repite la recomendación de *reinventar* o *refundar* algunas instituciones internacionales para que cumplan sus objetivos fundacionales o para actualizar dichas funciones. En la cumbre del Milenio, celebrada en Nueva York, durante el mes de septiembre de 2000, Kofi Annan dijo que “hay que *reinventar* las Naciones Unidas”, para que puedan realizar sus grandes funciones de asegurar la paz (Consejo de Seguridad) y participar en el proceso de crecimiento con equidad (Consejo Económico y Social). Si hay que *reinventar* las Naciones Unidas, porque en los cincuenta años de su fundación ha habido grandes cambios en el escenario mundial, también se hace necesario *refundar* los Estados nacionales miembros para que den respuestas efectivas a los treinta y dos objetivos, principios y valores de la suscrita Declaración del Milenio. En los últimos veinte años se han dado cambios drásticos y traumáticos en el océano de la globalización, que arrasa incluso con los Estados y su identidad nacional.

No se trata aquí de un Estado nacional concreto, sino de un singular colectivo mundial, dada la ausencia de una autoridad política y social global. Un mundo sin controles, sin reglas es un mundo sin seguridad. ¿Quién realizará las funciones tradicionales del Estado o cómo deben redefinirse los Estados en el escenario de la actual globalización?

A lo largo del año 2000, en las cumbres del FMI y el BM, llevadas a cabo en Washington y Praga, los meses de abril y septiembre, respectivamente, se abre un debate aún no cerrado: la reformulación de las funciones del FMI y BM, porque

los destinatarios de fin de siglo no son los beneficiarios de 1945, y porque deben reformularse las políticas impuestas en las “décadas perdidas” a los países del tercer mundo. En ambas cumbres, el FMI y el BM se vieron acosados, al mismo tiempo, por la ola creciente de ONG y manifestantes, así como por el Congreso de los EEUU (Comisión Meltzer) en representación del Gran Patrón y Contribuyente. La solución final no parece ser “menos FMI, menos BM”, sino “otro FMI, otro BM”. Igualmente, desde la reunión de Seattle se viene reclamando una reformulación de la Organización Mundial del Comercio (OMC), que, temiendo una reedición de Seattle, ha programado su reunión de noviembre en la lejana Doha, capital del emirato de Qatar. Ese fue un tema discutido en la turbulenta cumbre de Génova.

En la cumbre del Milenio se ha solicitado reformar el Consejo de Seguridad, integrado por cinco países grandes exportadores de armas y fortalecer el Consejo Económico Social. Se ha pedido a los países miembros ratificar el protocolo de Kyoto de 1997, para la reducción de gases de efecto invernadero, cumplir las decisiones de la Corte Internacional de Justicia y ratificar el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, suscrito en 1998. Cuando se revisan las ocho densas páginas con los treinta y dos objetivos principales de la Declaración del Milenio, podemos afirmar que la tarea del siglo XXI será reinventar y refundar. No puede ser éste “el fin de la historia”.

En su discurso de apertura Kofi Annan dijo: “La globalización es muy beneficiosa para algunos y potencialmente beneficiosa para todos, pero sólo si los Estados trabajan conjuntamente para que estos beneficios lleguen a todo su pueblo”. Se trata, por lo tanto, de una acción integrada y activa de los Estados con un fin determinado: que los beneficios lleguen a todos, porque la actual globalización será recordada como la era de las desigualdades. Esto da una nueva inspiración al mismo concepto de Estado subsidiario.

También la globalización ha entrado en un proceso de evaluación, regulación y control. Los delegados del Grupo de los 7 (G-7) dijeron en la cumbre de Okinawa, de julio de 2000, que era necesario controlar los libres flujos de capitales privados, gobernados por la especulación, porque en sus cauces se mezclan las aguas negras del lavado de dinero, del tráfico de la droga y de las armas, solicitando al FMI y a los grandes bancos comerciales controlar estos flujos y recomendando el cierre de los paraísos fiscales. Por añadidura, se levantan las voces de quienes piden, con toda razón, que se reformulen los modos y acciones violentas de los manifestantes antiglobalización, que en nada ayudan a la crítica constructiva de quienes ofrecen propuestas alternativas, opacadas por las conductas agresivas de quienes sólo gritan pero nada aportan.

Estas son unas pocas pinceladas que diseñan la difícil herencia que recibe el nuevo milenio de parte de sus progenitores. Si Michel Camdessus, presidente saliente del FMI, dijo en Bangkok —y lo repite Kofi Annan en Nueva York—,

que se hace necesario un “multilateralismo” para enfrentar los efectos discriminantes de la globalización, los Estados nacionales no pueden aislarse de esta corriente mundial. Hoy día se habla de modernización del Estado, que en el fondo significa más de lo mismo, con algunos adelgazamientos y retoques empresariales, sin un cambio de ideología. Sin embargo, los efectos drásticos y traumáticos de la globalización requieren que los Estados actuales se sometan a un proceso de crítica similar al que sometieron a los Estados del pasado siglo.

2. Los Estados inventados y acusados en el siglo XX

Para corregir los excesos y errores del Estado interventor, se dijo “menos Estado”, pero esto nos ha llevado a otros errores y deficiencias porque “demasiado mercado mata al mercado”. Ninguno de los dos grandes sistemas del siglo XX, Este-Oeste, ha dado respuestas humanas a los derechos políticos, sociales, económicos, incluido el grave deterioro ecológico. Los así llamados socialismos reales del Este europeo se desmembran políticamente y se descomponen económicamente hacia 1991, frustrando las esperanzas que media humanidad había puesto en ellos. Quisieron monopolizar el ideal socialista y lo dejaron maltrecho, causando grave daño a este ideal. El “pensamiento único” triunfante se presenta como el “fin de la historia”, sobre las alas de una globalización financiera y mercantil, que profundiza las relaciones asimétricas de ricos y pobres y, al gestar una cultura de la exclusión, genera crecientes movimientos antiglobalización. El modelo no se salva ni siquiera a sí mismo. Baste recordar que la euforia de “la nueva economía”, el nuevo comienzo de Davos 2000, se debate en un aterrizaje a medio camino entre el enfriamiento y la clara recesión, que se ha contagiado al viejo continente y, por “efecto dominó”, al resto de los países. Cuando la agenda de Davos 2001 y de Porto Alegre es “recuperar el crecimiento y reducir las desigualdades” quiere decir que la nueva economía lleva en su seno los genes de los ciclos económicos y de las desigualdades. Parece que la nueva economía no es tan nueva, porque estos problemas ya los criticó Keynes en los años de 1930. No es éste el fin sino la repetición de la historia.

Los antiguos latinos decían: “*in medio stat virtus*”: lo justo, lo correcto, lo atinado está en el medio. Con una traducción más libre y actualizada diríamos que se trata de una búsqueda, una Tercera Vía, como la de Ota Sik, en 1972, o una Tercera Vía de Anthony Giddens, en 1998. Las terceras vías no dan una respuesta prefabricada, sino que orientan para buscar la respuesta. “Ni con unos ni con otros me puedo identificar en teoría”, afirmó Ota Sik. La razón de hacer referencia a esos autores es para aclarar algunos conceptos y lecturas de la historia. Se ha dicho que el siglo XX ha sido la historia de la pugna Este-Oeste, comunismo-capitalismo, plan-mercado. Esta visión confrontativa, que marca la gran división del siglo XX, es tan cierta como lo es la desgastante carrera armamentística. Sin embargo, esta división un tanto maniquea, de derechas e izquierdas, silencia un hecho importante que sigue siendo olvidado por muchos sectores sociales y

gobiernos. Tan importante como la anterior división es recordar que el siglo XX ha sido "la historia de los irreconciliables hermanos socialistas". Este enfrentamiento se extiende a lo largo del siglo desde el debate de Karl Kautsky versus Lenin, en 1918, hasta los foros de Moscú, 1988, y de La Sorbona, 1990, en vísperas de la desintegración de la URSS, consumada en diciembre de 1991.

Por lo tanto, hay que decir que la historia del siglo XX ha sido también una historia de reinventar, reformular, de búsqueda entre los grandes opuestos, sea la Economía Social de Mercado (a la alemana, no la nuestra), sea la experiencia más amplia del Estado social de bienestar en Europa occidental. También Ota Sik dijo que el Estado es el problema, refiriéndose al Estado omnipresente, omnipensante y omniregulante de toda la convivencia social. Como respuesta, Ota Sik inspiró e inició la Primavera de Praga, tronchada violentamente en 1968, cuyo lema era "For a humane economic democracy" (Preager, 1985).

Al cerrarse el siglo XX, vuelve a aparecer la búsqueda de una tercera vía. Anthony Giddens "muestra que desarrollar una tercera vía en la política moderna es no sólo una posibilidad, sino una necesidad y representa la renovación de la socialdemocracia en un mundo en que las ideas de la vieja izquierda han quedado obsoletas, mientras que las de la nueva derecha son inadecuadas y contradictorias. Un nuevo programa socialdemócrata está surgiendo; es sólido, de largo alcance y puede reanimar el idealismo político". (Taurus, Madrid, 1999) Es cierto que difiere la lectura que hacen de esta Tercera Vía, Tony Blair, del Reino Unido, Gerhard Schröder de Alemania, Lionel Jospin, de Francia, así como es cierto que no sea ésta necesariamente la tercera vía para el Tercer Mundo. Lo importante es que el siglo XX ha sido la búsqueda de algo nuevo y así lo será el siglo XXI. También es importante recordar que "el pensamiento único" de las derechas y de las izquierdas (y todos eran "derechas" en su reino) se ha opuesto hostilmente a las terceras vías, de donde llegan las críticas más certeras y las propuestas más realistas.

Esta ha sido también la historia del siglo XX. Es oportuno recoger, en síntesis, la crítica que el actual "pensamiento único" viene realizando en las dos o tres últimas décadas a esas economías y Estados mixtos, crítica que enfatiza más los errores que los éxitos, valora la eficiencia económica más que la equidad social, el crecimiento más que el desarrollo. Desintegrados los así llamados socialismos reales, la crítica enfila contra la socialdemocracia, las políticas keynesianas y el Estado social de bienestar, que en las tres largas décadas de postguerra lograron las mayores tasas de crecimiento sostenido, una relativa equidad distributiva y una expansión de la seguridad social, donde el uso se pudo convertir en abuso. La crítica es bastante estandarizada, como aparece en dos seminarios llevados a cabo en Córdoba y Barcelona, España, en 1995 y 1993, respectivamente. Conviene decir que en ambos seminarios se siente cierta nostalgia por esos regímenes del pasado que, no por un proceso de clonación sino de refundación, pueden

renovarse como una alternativa al modelo actual. Al recoger esta crítica, lo que se pretende es someter a similar enjuiciamiento a los autores de la crítica para avanzar en el proceso de reinventar el Estado.

3. El Estado es el problema

Sintetizamos estas críticas. “Los neoliberales opinan que el paternalismo estatal, el exceso de regulación y la hipertrofia burocrática están asfixiando la iniciativa privada, están destruyendo los incentivos, están arrebatando a la sociedad su dinamismo; responsabilizan a las políticas keynesianas, aplicadas desde la segunda guerra mundial, de la situación de estancamiento (1970...) en la que se encuentra Occidente en aquellos momentos. Como alternativa a todo eso, proponen básicamente el repliegue del Estado, es decir, la desregulación, la desburocratización, el restablecimiento de los estímulos para la inversión, la reducción de la presión fiscal y la reducción del gasto público, lo cual conlleva lógicamente recortes contundentes en los gastos sociales, el retorno a las políticas monetarias. Si, en cierto modo, la idea del Estado de bienestar se apoya o presupone una teoría del fracaso del mercado, ahora los neoliberales contestan con una teoría del fracaso del Estado. En este sentido, los gobernantes socialdemócratas aparecen como ingenuos aprendices de brujo que, en su bien intencionada obsesión por perfeccionar el capitalismo, lo que hacen es generar nuevos males.”

La crítica se centra en el Estado sobredimensionado, que deriva en la sobrecarga fiscal. “El Estado paternalista tiende a hacerse cargo de una familia siempre creciente en sus necesidades. La creciente demanda asistencial desarrolla la hipertrofia estatal. Entonces, los partidos obsesionados por la rentabilidad electoral multiplican las promesas, disparan las expectativas del público mucho más de lo razonable. De esta forma los electores terminan desarrollando la psicología característica de los niños mimados, es decir, piensan que tienen derecho a todo a cambio de ningún esfuerzo. Esto genera una irresponsabilidad fiscal del electorado”... (“Los derechos económicos y sociales y el Estado de bienestar”. Córdoba, España, 1995)

Luis de Sebastián, en su introducción al seminario *El neoliberalismo en cuestión*, hace un resumen del pensamiento neoliberal, del cual extraigo algunos párrafos: “El neoliberalismo profesa que el mercado libre, incluso el mercado real y concreto (más o menos libre), coordina adecuadamente las acciones individuales de carácter económico mejor que otros métodos de organizar la económica (planificación, intervención estatal, economía mixta). Los fallos que puede tener este mercado (y son admitidos) son menores a los de otros sistemas alternativos. Para los neoliberales el mercado maneja más datos e interpreta mejor la información que suministran los participantes en él (compradores y vendedores) que cualquier oficina de planificación o control de los ministerios económicos. La racionalidad de los agentes individuales asegura el uso más eficiente, es decir, económico, de los recursos escasos de la economía... La razón, dicen los técni-

cos, es que una política muy activa tiene pocas probabilidades de triunfar porque los agentes económicos tienen expectativas racionales sobre el acontecer económico, según las cuales pueden creer o no creer que las acciones del gobierno vayan a lograr sus metas y, si no lo creen, las acciones del gobierno fracasarán”.

“En esto se enfrentan a keynesianos y nekeynesianos que propugnan una intervención más activa y diferenciada del gobierno en el control, cuando es posible, y compensación de los ciclos económicos. El keynesianismo, cuya hegemonía coincide con los años más prósperos de la humanidad, es una aberración para los neoliberales, principalmente porque coincidió con —e hizo posible el financiamiento de— el desarrollo del Estado social de bienestar y los años de predominio político de la socialdemocracia en Europa y del Partido Demócrata en los Estados Unidos”.

“La crítica del Estado de Bienestar es otro de los temas recurrentes de los liberales. Dicha crítica tiene dos aspectos: uno es el gasto público que genera. La financiación de la seguridad social absorbe ahorros de las familias y de las empresas, apartándolos de usos más eficientes, como sería invertirlo en actividades productivas. De esta manera, unos ahorros que ya son pequeños por el crecimiento incesante de la presión fiscal, dicen, se desvían a financiar actividades no productivas, substrayéndoselos a los sectores productivos. El otro aspecto es más filosófico, porque ven al Estado de bienestar como una amenaza para la libertad individual o, por lo menos, como una cortapisa para la iniciativa privada y el derecho que tiene cada persona a valerse por sus propios medios, en la medida en que acostumbra a los ciudadanos al paternalismo del Estado, que, al garantizar una protección completa para las eventualidades de la vida laboral, quita a los individuos el estímulo al trabajo y les hace menos aptos para asumir riesgos y para obtener mayores ventajas en una economía competitiva”. (Cfr. Luis de Sebastián: *El neoliberalismo: Argumentos a favor y en contra*, en *Seminario: El neoliberalismo en cuestión*. Sal Terrae, Barcelona, 1993)

Era conveniente extraer la crítica del neoliberalismo al Estado social de bienestar, a las políticas keynesianas y a los gobiernos demócratas y socialdemócratas, tal como se recoge en estos seminarios, porque nos recuerdan que ellos fueron regímenes reformadores intermedios entre los dos grandes modelos opuestos, con grandes logros económicos y sociales, que vuelven a generar la nostalgia de su modernización.

3.1. El programa de ARENA

En El Salvador, durante la década de los ochenta, el Partido Demócrata Cristiano blandió la idea de instaurar una economía social de mercado, cuando en realidad nos hallábamos en una economía de guerra y en una guerra a la economía. Para nosotros, la década de los ochenta fue una década doblemente perdida. Las reformas estructurales (nacionalización de la banca, del comercio exterior y

la reforma agraria), justificables económica y socialmente, se hicieron en forma precipitada, gestaron el resentimiento y la oposición del poder económico, y se vieron debilitadas por una deficiente calidad administrativa con visos de corrupción pública. Una economía débil y debilitada por la recesión mundial, no podía aguantar el golpe mortal de una guerra prolongada, sin vencedores ni vencidos, pero sí destruidos.

La subida al poder del gobierno de ARENA coincide con la caída del muro de Berlín, en 1989, y al firmarse los acuerdos de paz, tres años después, ya se había firmado el decreto de la extinción de la URSS, el mes de diciembre de 1991. El modelo socialista, tipificado por la planificación estatal, había fracasado estruendosamente y, en consecuencia, en los acuerdos de paz no ponen en discusión “las bases doctrinarias de la estrategia de desarrollo económico y social y de los principios básicos de una economía de mercado”. El Plan de Desarrollo Económico y Social, 1989-1994, era una fiel transcripción del documento preparado por FUSADES: *Hacia una economía de mercado en El Salvador: bases para una nueva estrategia de desarrollo económico y social*, publicado en mayo de 1989. Las bases de la nueva economía se asentaban en cinco principios filosóficos y cuatro postulados económicos.

“Una sociedad que quiera ser libre en el plano económico, político y en el orden de los valores y costumbres tradicionales, debe apoyarse en los siguientes principios: 1) El hombre es el fin de la sociedad. 2) La libertad es la base del progreso humano. 3) La igualdad ante la ley es la garantía de la paz social. 4) La justicia garantiza a cada quien lo que le corresponde. 5) El Estado desempeña un papel subsidiario. Estos principios filosóficos requieren un mecanismo de funcionamiento que haga posible el logro de una sociedad libre. Aquí encajan los cuatro postulados de una economía de mercado: 1) La propiedad privada es condición necesaria para la eficiencia de la producción. 2) El mercado libre asegura la mejor asignación de los recursos. 3) La competencia garantiza el funcionamiento del mercado. 4) El Estado tiene un papel subsidiario.

No hay lugar para repetir aquí el comentario hecho en ese entonces al modelo de ARENA: *El programa de ajuste estructural: una herencia difícil*. (*Realidad Económico Social*, mayo-junio de 1990; pp. 215-239) El interrogante era si los cinco principios filosóficos iban realmente a informar a los cuatro postulados económicos o si estos postulados económicos generasen por sí mismos y con un tiempo de espera aquellos logros filosóficos. Llegados al año 2001 tenemos la impresión de que los cinco principios filosóficos han sido un simple adorno humanista para legitimar los cuatro postulados económicos que, en realidad, han dirigido los destinos de la nación en la pasada década, llegando —en palabras presidenciales— a un entrapamiento de la economía muy nocivo para el desarrollo.

Como el quinto principio filosófico y el cuarto postulado económico coinciden en repetir el papel subsidiario del Estado, esta función se define de la manera siguiente: "El Estado tiene una esfera de acción bastante limitada en una sociedad libre, ya que su principal papel es el de velar porque se respeten las libertades y los derechos de las personas, y contribuir en forma eficiente a proveer a la población más necesitada los servicios básicos que no se pueden proveer a sí mismos. Las funciones del Estado son dar seguridad a los ciudadanos, garantizar una administración de justicia neutral en la que no haya privilegios para nadie y actuar solidariamente en la atención de los más necesitados de la población". En el Plan de Desarrollo Social se adjudican al Estado siete áreas de acción: la educación, la salud, la nutrición, la vivienda, la familia, la previsión social, el empleo y el deterioro ecológico. No deja de llamar la atención que, inicialmente, se diga que el Estado tiene una esfera de acción bastante limitada en una sociedad libre y, a continuación, se le asigna ese cúmulo de funciones tan amplias como los derechos humanos, la libertad, la seguridad y la atención a los más necesitados, que son la mayoría de la población. En el fondo se esperaba que la teoría del rebalse limitara la acción del Estado.

Por ello también llamaba la atención que siendo el "mercado" el eje central del modelo no se especificaran más los actores principales de ese mercado, donde las empresas multinacionales, la gran banca comercial, los grandes Estados y el FMI-BM, a sus órdenes, estaban planificando las políticas y el destino del tercer mundo. Esto significa que en la década de los noventa hemos vivido la falacia de una economía de mercado clásica, cuando en realidad hemos sobrellevado una economía planificada por el "gran mercado", donde ni ha jugado la teoría del rebalse, ni los gobiernos, han dado muestras fehacientes de los compromisos adquiridos como Estado subsidiario. Tampoco ha jugado nuestro mercado, ni ha cumplido con sus funciones nuestro Estado. Los actores del modelo deben aceptar el fracaso; este parece ser el sentir de los más necesitados.

En la década de los noventa ha cambiado radicalmente, a escala mundial y, por tanto, en el ámbito nacional, el escenario de la economía de mercado y, en consecuencia, se vuelve a replantear el interrogante de cómo refundar el Estado, su papel y sus funciones en un mundo globalizado. Este es tema central en las recientes cumbres mundiales y en la reflexión de tantos autorizados pensadores, que confluyen en la necesidad de "gobernar la globalización". No se trata de ofrecer unos consejos particulares a nuestro Estado nacional, para lo cual pudiera servir el reciente *Informe sobre Desarrollo Humano*, publicado este año por el PNUD, sino de recoger las reflexiones y las demandas que desde el interior de la globalización se dirigen a los Estados mundiales. Se trata de una conciencia mundial que reclama la refundación de los estados nacionales, de la misma manera que reclama la refundación de algunas instituciones internacionales. Es la misma globalización la que está en proceso de revisión, si pretende ser una globalización incluyente.

4. Un poco de cronología

Luego de escuchar, en forma sintética, las críticas que los neoliberales han hecho y siguen haciendo a los Estados o modelos interventores y conductores del quehacer económico, es justo que apliquemos el mismo análisis histórico a los resultados más relevantes del modelo que defienden e imponen por ser el mejor y por no haber otra alternativa posible. Se trata de unas pinceladas secuenciales que, una vez integradas, parecen reclamar el regreso de un nuevo Estado.

Como punto de partida podemos comenzar por la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social, efectuada en la ciudad de Copenhague en 1995. Plantea tres problemas mundiales: se desarrolla la pobreza, el crecimiento con desempleo y la atomización social. (*Realidad*, N° 42, 1994) Aunque las estadísticas son dramáticas, no hicieron mella en la solidaridad mundial. Luego de la crisis de México estalla la crisis especulativa financiera en el bloque sudasiático. (1997), que hace tambalear una tras otra las bolsas de valores del primer mundo y golpea directamente economías tan distintas y tan distantes como Rusia y Brasil y, por efecto dominó a sus socios comerciales. Estalla la especulación y se comienza a hablar de otras burbujas. Se toma conciencia de que esta fuerza motriz de la globalización se está convirtiendo en un poderoso desestabilizador de las economías mundiales.

Ante el desconcierto de la crisis, se reúnen en Washington, en octubre de 1998, el G-7, FMI y BM, y deben aceptar que los flujos y reflujos especulativos están fuera de su control: “No esperen que saquemos un conejo del sombrero que nos dé la solución”. (*ECA*, 1998, pp. 904 y ss.) La conclusión es clara: “A la pregunta, ¿quién controla la economía global?, podemos responder: Nadie. Un mundo sin controles, sin reglas, es un mundo sin seguridad”. Un entendido en la materia, George Soros, dice: “Los mercados financieros son inestables por naturaleza y más los mercados financieros internacionales”. Sería largo agregar la lista de autores que, desde Soros hasta Stiglitz, Samuelson, Krugman, solicitan un control de los capitales especulativos, e incluso hay quien ve necesaria la creación de un Banco Central Mundial. (*ECA*; *ibídem*) Se puede afirmar que en todas las cumbres mundiales, desde Seattle hasta Génova, julio de 2001, se renueva la preocupación por la creciente inseguridad financiera (Turquía, Argentina...) y se recomienda la aplicación de la tasa-Tobin u otro modo de control de los capitales especulativos.

Para 1998 se han sumado dos crisis: la financiera y “*la otra crisis*” de James Wolfensohn, presidente del BM. Junto con la pobreza y la inseguridad se gesta la desesperanza de tantas naciones que tenían, pero han perdido la esperanza. Como botón de muestra dos datos, el primero, estadístico; el segundo, un reconocimiento (¿implícito o explícito?) de los errores cometidos en el pasado. “Hoy, mientras hablamos de crisis financiera, en todo el mundo 1.300 millones subsisten con menos de un dólar al día; 3.000 millones viven con menos de dos dólares al día; 1.300 millones no tienen agua potable; 3.000 millones no tienen

servicios de saneamiento y 2.000 millones no tienen electricidad... Hemos comprobado que cuando pedimos a los gobiernos que adopten medidas rigurosas para organizar sus economías, podemos generar enormes tensiones. Quien sufre es la gente, no los gobiernos... Los problemas son demasiado graves y sus consecuencias demasiado importantes, para conformarnos con las respuestas del pasado o con las modas o las ideologías del momento"... (ECA, 1998; pp. 1004...)

Tres meses después se reúne la élite del capitalismo en Davos, el mes de enero de 1999. La agenda de la convocatoria presenta rasgos confrontativos: La globalidad responsable; la gestión del impacto de la globalización. Los mismos organizadores del evento, C. Swadja y K. Achwad, agregan un nuevo calificativo: la irresponsabilidad. "Esta crisis es el resultado de una globalización que ha sido conducida de manera irresponsable. Los problemas creados por la mundialización han desembocado en una crisis sistémica"... Proceso irresponsable significa que se ha desarrollado "sin que nadie tenga control o responsabilidad sobre el mismo". Nadie responde por su inestabilidad.

Dentro de la reunión, la élite del capitalismo llega a la conclusión de que se trata de un proceso imparable: no es posible quebrar el mercado, espantar a los innovadores y a los inversores que ponen el dinero, el avance de las grandes empresas y de los mercados bursátiles. Entre las múltiples ponencias destacan tres conclusiones sorprendidas. "Así, en último término, parece que hay que instalarse en la volatilidad financiera y en la inestabilidad económica y aprender a vivir en un mundo incierto, pero creativo y con un gran potencial de ganancia." Se admite que el lado oscuro de la globalización se sitúa en el drama humano de cientos de millones de personas, pero "esta responsabilidad se transfiere a las instituciones internacionales humanitarias, a las religiones y a la filantropía"... También se anuncia un esperado rebalse: "Por otro lado se espera que la promesa tecnológica, con tecnologías cada vez más potentes y más baratas, que se difundirán entre toda la población, contribuyan decisivamente a resolver los problemas"...

Sin embargo, en la cita de Davos de 1999 no hubo "una ciega exaltación del modelo, de la pureza impoluta e imprescindible del mercado". Incluso algunos participantes llegaron a concluir: "nos hallamos de nuevo en el posneo-liberalismo". También se llegó a "un consenso sobre la necesidad de controlar los flujos mundiales de capital de corto plazo", aunque no hubo consenso sobre las medidas concretas. Quedó pendiente un interrogante: ¿cómo conjugar democracia, gobernabilidad y desigualdad? (ECA, 1999; pp. 464-470) Otros autores ya venían planteando la simbiosis de esta trílogía.

5. Democracia, gobernabilidad y desigualdad

Siguiendo la cronología de las cumbres mundiales, autorizados pensadores venían planteando la necesidad y la dificultad de integrar la democracia y la gobernabilidad con la creciente desigualdad a escala nacional y mundial. Intere-

sa escuchar voces que vienen tanto del primero como del tercer mundo, dando a entender que se trata de un problema global.

George Soros señala como cuarta deficiencia del sistema capitalista global el papel asignado al Estado: “¿A quién corresponde evitar una concentración del poder indebida y salvaguardar la estabilidad? Esto me lleva al papel del Estado. Desde el final de la II Guerra Mundial, el Estado ha desempeñado un papel creciente en el mantenimiento de la estabilidad económica y se ha esforzado por garantizar la igualdad de oportunidades y proporcionar una red de seguridad social, especialmente en las naciones altamente industrializadas de Europa y de América del Norte. Pero la capacidad del Estado para ocuparse del bienestar de sus ciudadanos se ha visto gravemente afectada por la globalización, debido a que el capital puede escapar a la fiscalización mucho más fácilmente que el trabajo. El capital tiende a evitar los países donde el empleo se ve sometido a impuestos elevados o esté muy protegido. Ello conduce a un aumento del desempleo...”

“Los gobiernos de Thatcher y Reagan comenzaron a reducir el papel del Estado en la economía. Su consecuencia fue que los impuestos sobre el capital descendieron, mientras que los impuestos sobre el trabajo han seguido creciendo. Como asegura el economista internacional Dani Rodrik, la globalización aumenta las demandas al Estado de que proporcione una seguridad social, al tiempo que reduce su capacidad para hacerlo. Esto lleva en sí el germen de conflictos sociales. Si los servicios sociales se recortan en exceso, al tiempo que aumenta la inestabilidad, la insatisfacción popular podría desatar oleadas de proteccionismo, especialmente si la expansión actual va seguida de una recesión de cierta gravedad. Esto podría conducir a un colapso como el de los años treinta”.

Luego de citar a Dani Rodrik, George Soros comenta que el mercado no puede hacer el papel del Estado. “Esto me lleva al problema más confuso: el de los valores y la cohesión social. Toda sociedad necesita tener valores compartidos. Los valores del mercado no sirven para este propósito, porque sólo reflejan lo que un participante en el mercado está dispuesto a pagar a otro dentro de un libre intercambio. Los mercados reducen todo, incluidos los seres humanos y la naturaleza, a mercancía. Podemos tener una economía de mercado, pero no podemos tener una sociedad de mercado. Además de los mercados, la sociedad necesita instituciones que sirvan a fines sociales como la libertad política y la justicia social. Esas instituciones existen en países concretos, pero no en la sociedad global. El desarrollo de una sociedad global se ha quedado retrasado respecto al de una economía global. A menos que se acabe con esta distancia, el capitalismo global no sobrevivirá”. (ECA; pp. 899-900) George Soros vuelve sobre estas mismas ideas en artículo más reciente: *Capitalismo frente a democracia*. (*El País*, 15 de julio de 2000)

Cuando observamos la secuencia de manifestaciones que acompañan las cumbres mundiales de 1999-2001 (y no nos referimos a los “violentos” de Praga, Barcelona, Génova, que en nada ayudan a un fin positivo) entendemos que las advertencias de Dani Rodrik y Soros no son palabras huecas. El tema de la democracia, gobernabilidad, desigualdad y cohesión social es analizado, en forma complementaria por otros autores, llegando a la conclusión de la necesidad de reformular el concepto y papel del Estado en el marco de la globalización.

Arthur Schelesinger, asesor del presidente J.F. Kennedy, plantea la pregunta: “¿Tiene futuro la democracia?” (*Política Exterior*, N° 60, 1997) En este artículo hay tres aportes importantes al tema que nos ocupa. La revolución informática se presenta como “la ley de la aceleración”, que nos precipita en una nueva edad. “La revolución informática es mucho más rápida, más concentrada y más traumática en su impacto (que la revolución industrial). Amenaza con levantar nuevas y rígidas barreras de clase, especialmente entre los instruidos y no instruidos”... En segundo lugar, el capitalismo destruye valores tradicionales. “En su teoría económica el capitalismo descansa sobre el concepto de equilibrio. En la práctica, sus propias virtudes lo arrastran hacia el desequilibrio. El mercado sin restricciones, que adoran los conservadores, mina los valores —estabilidad, moralidad, familia, comunidad, trabajo, disciplina, gratificación demorada— que propugnan los mismos conservadores. El resplandor del mercado, la codicia, el cortoplacismo, la explotación de apetitos lascivos, la facilidad del fraude, la ética del ventajismo, todo ello está en conflicto con los pretendidos ideales conservadores. Un capitalismo estacionario es una contradicción en sus términos”.

En tercer lugar, esta ley de la aceleración golpea frontalmente al Estado y a la identidad nacional. “Un candidato no previsto para la destrucción capitalista es el Estado nacional, tradicional asiento de la democracia. El ordenador convierte el mercado sin trabas en un monstruo global irresistible, que atraviesa las fronteras, debilita los poderes nacionales de implementación de impuestos y regulaciones, impide la gestión nacional de las tasas de interés e intercambio, amplía las disparidades de riqueza lo mismo dentro de las naciones que entre ellas, derrumba las normas laborales, degrada el medio ambiente, niega a las naciones el poder dar forma a su propio destino económico, sin dar cuenta a nadie y crea una economía mundial sin una política mundial. El ciberespacio está más allá del control nacional. No existen autoridades que proporcionen control internacional. ¿Dónde está ahora la democracia? (*ECA*, 1998; p. 900)

A. Schelesinger concluye que puede darse una doble reacción. Por un lado, las tendencias centrífugas. “La globalización ocupa el puesto de mando y dirige la humanidad, pero al mismo tiempo impulsa a las personas a buscar refugio frente a sus poderosas fuerzas, que están más allá de su control y comprensión. Se retiran a unidades familiares, inteligibles, protectoras. Ansían la política de la identidad. Cuanto más rápidamente se integra el mundo, más personas se refu-

gian en sus enclaves religiosos, étnicos o tribales. La integración y la desintegración se alimentan mutuamente”.

La segunda reacción posible es la de rechazo y enfrentamiento. “El capitalismo también seguirá dando bandazos, pero la ideología del *laissez-faire* probablemente se desvanecerá cuando los capitalistas descubran la serie de perturbaciones que el mercado sin trabas no puede resolver. El capitalismo salvaje, con salarios bajos, jornada larga y trabajadores explotados, provoca el resentimiento social, resucita la guerra de clases y da nueva vida al marxismo. Para avanzar por senderos constructivos, el capitalismo debe subordinar los planes y beneficios a corto plazo a necesidades sociales de largo plazo, como las inversiones en educación, investigación y desarrollo, protección del medio ambiente, ampliación de la sanidad, rehabilitación de infraestructuras y recuperación de las ciudades. No es probable que los capitalistas lo hagan por sí mismos. Las perspectivas a largo plazo exigen una dirección pública... En el mundo, en general, ¿podrá someterse el capitalismo, una vez sueltas las amarras nacionales, a responsabilidades sociales?”. (Ibídem)

Más bien explícita que, implícitamente, estos autores hacen referencia a tres fuerzas motrices y, al mismo tiempo perturbadoras de la globalización: los desequilibrios gestados por los flujos financieros basados en la especulación, la rápida y traumática revolución tecnológica, que Schumpeter describiera como un proceso de “creación destructiva”, y el imperio de la información y nueva cultura que destruye valores tradicionales. Vemos que estas fuerzas siguen actuando en la economía global, cuando la gran trilateral de los Estados Unidos, Unión Europea y Japón se hallan en un proceso de ralentización, enfriamiento y recesión, que preocupa al G-7/8 de la cumbre de Génova, cuando a la crisis financiera de Turquía sigue la de Argentina, cuando la agenda de Davos 2001 es recuperar el crecimiento/corregir las desigualdades. No hay control, ni autoridad global. No se trata de quebrar la globalización, sino de gobernar la globalización desde un multilateralismo global.

Desde esta perspectiva, Alain Touraine, director del Instituto de Estudios Superiores de París, partiendo de los efectos discriminantes gestados por el mercado, concluye que le corresponde al Estado la función de regulador de los equilibrios sociales. “Pero quién puede ejercer este control cuando se nos repite constantemente que los Estados nacionales han perdido su poder y se han vuelto impotentes frente a la mundialización de los mercados? Esta afirmación exige dos respuestas. La primera es que esto es falso en gran medida. Cuanto más compleja y cambiante es una economía, más difícil es lograr un crecimiento duradero, y la importancia de esta idea proviene de que muestra hasta qué punto los equilibrios internos de una sociedad se han convertido en condiciones necesarias para el crecimiento de una economía. Estos equilibrios sociales no se mantienen espontáneamente; al contrario, la economía de mercado crea desequilibrios y fuer-

zas de acumulación y de exclusión que amenazan a los equilibrios básicos de la sociedad. Estos, para ser restablecidos, requieren la intervención del Estado y de otros agentes propiamente políticos y sociales”.

La historia europea va en esta dirección. “La segunda respuesta es que los centros políticos de decisión sólo pueden luchar contra ciertas consecuencias de la economía si son forzados a intervenir por demandas sociales organizadas que se expresan por la vía electoral, a través de los medios de comunicación y, más directamente, aún bajo la forma de movimientos sociales. Desde hace algunos años vemos aumentar en Europa occidental el número de gobiernos de centro izquierda... Nadie puede desear que se ensanche el abismo que separa el mundo económico de los mundos político y cultural. Por lo tanto, es necesario hacer lo posible para que se forme una voluntad colectiva de poner fin al desarrollo del capitalismo, es decir, de la economía de mercado, mientras rechace todo control político y social de sus actividades. Hay que restablecer el control de los medios económicos para las finalidades políticas y sociales... El largo silencio de la época neoliberal debe terminar y el debate público sobre los fines y los medios de la economía debe revivir. No perdamos más tiempo”. (*Ibidem*; pp. 900-901)

Si la crítica neoliberal al Estado social de bienestar se centraba en la ineficiencia económica, en el dispendio de recursos nacionales en objetivos no productivos, la contrarréplica de estos autores se centra en el debilitamiento de la cohesión social que genera el mercado con las crecientes disparidades económicas, el deterioro de la justicia social, la pérdida de valores cívicos y solidarios, la ausencia de una autoridad responsable, los movimientos centrifugos o de rechazo, los conflictos sociales..., derivando todo ello en un serio obstáculo para el mismo crecimiento económico. “Hay que restablecer el control de los medios económicos para las finalidades políticas y sociales”. Se va avanzando así hacia una teoría de gobernar la globalización.

6. Una globalización parcial

Esta expresión aparece en varias cumbres mundiales, queriendo expresar que la globalización no es un fenómeno mundial, puesto que la mayor parte de la humanidad no es tomada en cuenta por los grandes actores e instituciones que dirigen la globalización. Ante el interrogante teórico, si entramos o no entramos en el proceso de globalización, la pregunta real es si nos permiten o nos cierran el ingreso a este escenario, más bien parcial que mundial. Tomemos algunos ejemplos.

La cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle 1999, ha sido un caso típico. ¿Por qué se juntaron más de 40.000 manifestantes y por qué fracasó esta cumbre? Porque el país anfitrión, los Estados Unidos, así como la Unión Europea y Japón, monopolizaron la agenda y los borradores de la cumbre sin dar la menor participación y atención a los delegados de los países,

emergentes y en desarrollo. “No hay transparencia alguna en este proceso y americanos y europeos juegan con nosotros con la política del palo y la zanahoria. No sabemos qué decisiones se van a tomar y, una vez más, se nos pedirá suscribir un texto que ni tendremos tiempo de leer”. Como los acuerdos de la OMC requieren el voto unánime de los 135 miembros, los representantes de los países del tercer mundo se negaron a firmar unos acuerdos inconsultos y desconocidos. El fracaso de Seattle fue interpretado como una victoria.

“La OMC ha sido, por fin, obligada a entrar en razón. No se puede proseguir la liberalización sin tomar en cuenta las preocupaciones de los ciudadanos. Antes de Seattle se decía que la globalización es un fenómeno imparable, frente al que no cabía más alternativa que adaptarse o sucumbir. El marco nacional había sido desbordado y, por consiguiente, los Estados carecían de capacidad de maniobra ante los cambios. Pues bien, lo más llamativo de cuanto ha sucedido en Seattle no es sólo que esa globalización imparable haya sufrido un revés; lo verdaderamente perturbador es que se lo hayan infligido los Gobiernos de los Estados más débiles del planeta”. (ECA, 2000; pp.64...) No significa esto que se haya paralizado o que sea menos asimétrico el comercio internacional, pero sí quiere decir que los G-7 y sus instituciones internacionales comienzan a tomar conciencia de que se hace necesario regular o controlar las “asimetrías artificiales”, impuestas por los poderosos, so pena de verse enfrentados con los desmanes exponenciales de Génova 2001. Por ello, en Qatar tendrán que escuchar la voz del Tercer Mundo, aunque no se permita el ingreso de manifestantes. Los Estados del Tercer Mundo tienen un poder de voz y voto en la dirección que pueda tomar la OMC en el próximo futuro. Ojalá que esto se tenga presente en la evolución del tratado del ALCA.

Hay cumbres donde no se toman decisiones, pero sí dan pautas para la toma de decisiones. En noviembre de 1999, se reúne el Congreso de la Internacional Socialista, que actualmente engloba 170 partidos de tendencia socialdemócrata en los cuatro principales continentes. Firman la Declaración de París y sus grandes objetivos vuelven a aparecer en cumbres y reuniones posteriores: 1) Lucha contra la pobreza y el hambre, contra la explotación y desigualdad de acceso a los recursos económicos y tecnológicos mundiales. Anulación de la deuda externa de los países pobres. 2) Lucha por los derechos humanos y la democracia; avanzar en el derecho de injerencia, por razones humanitarias; no amparar la impunidad de los dictadores. 3) La construcción de la paz y la seguridad a través de un nuevo orden económico internacional. 4) Reforma de la ONU y ampliación del número de miembros del Consejo de Seguridad. Reforma del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, de la Organización Mundial del Comercio, para adaptarlas a las nuevas realidades. Asegurar una mayor transparencia del sistema financiero internacional a través de reglas. Lucha contra el crimen organizado, el tráfico internacional de drogas y el blanqueo de dinero. Creación de un Consejo de Seguridad Económica en la ONU”... (ECA, 2000; pp. 60 y 74)

Siendo sus miembros 170 partidos en los principales continentes, su presencia se hace sentir en este proceso de toma de conciencia tanto de los desequilibrios económicos y sociales del libre mercado, como de propuestas alternativas para globalizar la globalización. Este congreso viene precedido por la publicación de *La Tercera Vía* de Anthony Giddens, que si bien no todos la traducen de la misma manera, sí lleva a buscar la unidad en la diversidad y, en palabras de Lionel Jospin, de Francia, a “estudiar el capitalismo para reformarlo”.

Un nuevo paso en esta dirección puede observarse, al menos verbalmente, en la conferencia de la UNCTAD en Bangkok, Tailandia, llevada a cabo en febrero de 2000. Luego de trece años en la presidencia del FMI, Michel Camdessus deja como legado su discurso de despedida: un discurso de claroscuros. “Estamos más conscientes de que la globalización, si se maneja adecuadamente, puede convertirse en una gran oportunidad para el progreso mundial”. Dos párrafos adelante se oscurecen las luces del escenario: “Si se trata, entonces, de una poderosa dinámica que promete un mundo mejor, ¿por qué tanta ansiedad y por qué tantos la rechazan como un símbolo de las nuevas tendencias económicas? La respuesta es que aún no se ha demostrado que la globalización se preocupe lo suficiente por el problema más grave de esa era, la pobreza, o que sea capaz de resolverlo. La creciente brecha entre ricos y pobres, y el abismo que separa a los países más ricos de los más pobres, son moralmente inadmisibles, económicamente ineficientes y, desde un punto social, explosivos”.

Para Michel Camdessus, la respuesta está en “un multilateralismo más vigoroso. El mensaje que quiero transmitirles es que debemos desplazarnos a un mayor nivel de cooperación internacional. Pero la comunidad internacional da con una mano y quita con la otra”. Se refiere a las promesas de alivio de la deuda externa, al mismo tiempo que se cierran las fronteras a las exportaciones de los deudores. “¿Qué es entonces lo que debemos hacer? La respuesta es sencilla: debemos renovar nuestro compromiso a favor de los principios del multilateralismo, de que el multilateralismo es la única forma de humanizar la globalización. Si bien la globalización ha seguido hasta ahora los caprichos de las fuerzas financieras y tecnológicas más o menos autónomas, ha llegado el momento de asumir estas responsabilidades y tomar la iniciativa para poder avanzar hacia la unidad mundial al servicio de la humanidad”. (Boletín del FMI, 28 de febrero de 2000, pp. 50-53)

Una desintegración mundial requiere un multilateralismo internacional que integre Estados e instituciones multilaterales. Este discurso de Michel Camdessus como que encuentra su eco en las reflexiones de Horst Köhler y James Wolfensohn en la reunión del FMI y BM, en Praga, de septiembre de 2000. Es motivo de cierto optimismo el que los presidentes de ambas instituciones inviten a los dirigentes de las grandes potencias a escuchar y en entrar en este diálogo abierto mundial, si se quiere salvar la globalización y evitar la irritación exponencial de Génova-G7.

Unos hablan de globalización parcial, otros de globalización mutilada. En la misma cumbre de Bangkok, Rubens Ricupero, secretario de la UNCTAD, resume un problema congénito: "La globalización hace difícil la globalización". Los gestores de la globalización la presentan como el salvavidas de los países en desarrollo, al mismo tiempo que les arrebatan todos los salvavidas. Disminuyen las ayudas oficiales al desarrollo porque abundan los capitales privados disponibles; pero estos capitales son inestables y buscan su rentabilidad. Disminuyen así los servicios sociales. Se parte de una onerosa deuda externa, en difíciles condiciones de negociación, a lo que se suman las relaciones comerciales asimétricas adoptadas en el marco de la OMC. Descaradas subvenciones a la exportaciones del Norte, acompañadas de aranceles, contingentes y barreras sanitarias, que no desaparecerán hasta el año 2005. Las nuevas tecnologías son aseguradas por "Derechos de Propiedad Intelectual"; derechos onerosos para países pobres e imposibles para los más pobres.

Ha disminuido sensiblemente la demanda de los productos básicos en el comercio internacional y las exportaciones tradicionales se ven sometidas a ciclos alternativos. Con ello se dificulta la especialización en el trabajo, mientras que el avance tecnológico dependerá, en buena parte, de la inversión directa extranjera, que a su vez depende de la propia base educativa y técnica de cada país. Al mismo tiempo, "el modelo adoptado por las instituciones internacionales y los principales suministradores de ayuda en los pasados decenios recomendaba que el Estado dejara de intervenir directamente en las actividades productivas y adoptara medidas de amplia liberalización de la actividad económica, a fin de que los mercados pudieran fijar los precios más adecuados. Sin embargo, cada vez es más evidente que estos elementos distan mucho de ser suficientes". Rubens Ricupero concluye: "A los países del Tercer Mundo, es decir, a sus gobiernos, se les ha engañado con la imagen distorsionada del concepto-paradigma de *mercado*. Dada su rápida transformación cuantitativa y cualitativa, los países en desarrollo descubren, a su costa, que el mercado no es un buen paradigma y, por tanto, no es un modelo". (Realidad; N° 72, 1999; pp. 664-668)

Ilustro estas palabras de Ricupero con una breve entrevista que el diario *El País* acaba de hacer a Emma Bonino, dirigente radical italiana: "Decir NO a la globalización es insuficiente". Cada época ha tenido su globalización, dice Bonino, pero en las últimas décadas todo pasa más de prisa. Es algo irreversible y en todo caso lo que no es posible, ni deseable, es la autarquía. "Hagan un esfuerzo por plantear cosas en positivo: instituciones de derechos humanos... O, por lo que se refiere a los europeos, luchen para que cambie la Política Agrícola Común, el ejemplo típico de nuestro egoísmo proteccionista. Nosotros, los europeos, somos tipos muy particulares. Predicamos el liberalismo, pero somos liberales cuando nos conviene y proteccionistas cuando nos interesa. Resulta que cada cabeza de vacuno, desde Sicilia hasta Finlandia, recibe un dólar al día de subsidio; este dólar diario es exactamente el dólar con el cual pretendemos que

vivan cada día mil millones de personas". Lo que quieren los europeos, insiste, es una globalización "en un solo sentido"; queremos vender nuestros productos en todas partes, pero a los demás les decimos: ustedes guárdense los suyos. El malestar de la globalización se puede curar, y no es una paradoja, con más globalización". (*El País*, 7 de julio de 2001)

7. Otro FMI, otro BM

En este proceso de gobernar la globalización no podía faltar el debate, aún inconcluso, de evaluación o refundación de estas instituciones mundiales. El hecho de que se haya suprimido la anunciada cumbre del FMI y BM en Barcelona dice bastante de la animosidad acumulada que se han ganado ambas instituciones desde "la década perdida" y, por lo que toca al FMI, luego de sus criticadas políticas en la gestación y resolución de la crisis financiera de 1997. Esta animosidad se hizo patente en las reuniones de Washington y Praga, efectuada en abril y septiembre de 2000, respectivamente. El FMI y el BM se vieron acosados entre dos fuegos: los manifestantes que atacan a "la trinidad pagana" (FMI, BM y OMC), al servicios de las grandes transnacionales y, por otro lado, el Congreso de los EEUU (Comisión Meltzer), que desea reducir el papel de ambos organismos a sus objetivos fundacionales. (ECA, 2001; pp. 1024-1029)

Sin entrar en los detalles del debate, digamos que se está llegando a la siguiente posición: "otro FMI y otro BM". Hay una razón histórica. En 1945, los clientes o beneficiarios del Fondo Monetario Internacional y del Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo eran las economías europeas zarandeadas por la crisis de 1930 y destruidas en la segunda guerra mundial. Estos países son ahora los grandes accionistas y reguladores de ambas instituciones, mientras que los posibles beneficiarios son las endeudadas economías del tercer mundo, zarandeadas por las recientes crisis financieras y por las relaciones asimétricas del comercio internacional.

Algún avance se logró en la reunión de abril cuando se postularon una serie de normas y una superintendencia independiente del Consejo Financiero y Monetario Internacional. Joseph Stiglitz recomendaba en esos días: "Es necesario encontrar una manera de dar mayor representación al mundo del trabajo y de la sociedad y cambiar la repartición de los derechos de los países, porque ahora los países sometidos a los programas del FMI tienen la sensación de hallarse sin voz y sin poder frente a las políticas definidas por instituciones claramente dominadas por el G-7 y la comunidad financiera". Joseph Stiglitz vuelve sobre estas ideas en reciente artículo titulado: "Cambio de Guardia en el FMI". (*El País*, 17 de junio de 2001)

En la reunión de Washington, el ministro de finanzas de Francia, Laurent Fabius, dijo: "El FMI debe ayudar a todos los países, en particular a los más pobres, a lograr un desarrollo durable. Sé que algunos piensan de otra manera y,

bajo pretexto de una racionalización, tratan de contraer la función del FMI a favor de los más pobres. No es ésta la posición de Francia”. El debate prosigue en la reunión de Praga, donde algunos comentaristas hablan de “un giro copérnico” en la posición y afirmaciones de Horst Köhler y James Wolfensohn. Lo importante es que en este proceso de gobernar la globalización se hable de otro FMI y otro BM. Como decía un portavoz de los manifestantes en Washington: “Me parece importante que desde el Norte la gente esté protestando contra lo que hacen el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que están al servicio de las grandes compañías que destruyen el mundo. El mensaje está dado y que el Fondo y el Banco digan que quieren cambiar ya es un triunfo”. (*Ibidem*, p. 1024)

Lamentablemente, los grupos minoritarios de manifestantes violentos de Praga, Barcelona y Génova, en nada ayudan a este proceso de diálogo reflexivo. Al terminar la cumbre de Génova, el diario *El País* ha publicado una serie de artículos condenando las acciones de estos grupos asilvestrados. “Las reuniones del G-8 se reanudan con una condena a la violencia” (21 de julio de 2001) La mayor manifestación antiglobalización resultó empañada por grupos organizados violentos” (22 de julio de 2001). “Cumbres borrascosas” (23 de julio de 2001) El artículo bien reflexionado de Joaquín Estefanía, *Las flores venenosas*, recoge las razones de Susan George, intelectual opuesta a la globalización, quien condena estos actos de vandalismo, entre otras razones porque hacen un gran favor a los defensores de la globalización. (26 de julio de 2001)

8. Reinventar las Naciones Unidas

Lo primero que llama la atención son los treinta y dos objetivos, principios y valores que suscribieron los jefes de Estado presentes; cada uno tuvo la oportunidad, limitada a cinco minutos, de agregar su propia pieza a este mosaico mundial. Sobre todo tuvieron la oportunidad de escuchar el cúmulo de problemas con que se cerraba el segundo milenio. “La globalización es muy beneficiosa para algunos y es potencialmente beneficiosa para todos, pero sólo si los Estados trabajan conjuntamente para que estos beneficios lleguen a todo su pueblo. En contraste, miles de millones quedarán abandonados a la pobreza y otros países emergentes están a la merced de súbitos cambios económicos. Afrontamos desafíos mundiales que nos obligan a trabajar juntos y si esto es cierto en la esfera económica, lo es aún más ante el desafío que presentan las matanzas y las guerras.. Tenemos que trabajar todos juntos para preservar los recursos naturales de los que depende toda la población de la tierra... De hecho, ninguno de estos problemas pueden ser resueltos por los gobiernos. Los Estados necesitarán de la ayuda de otros actores, como las empresas y las agrupaciones de ciudadanos, cuyo papel en el sistema internacional está creciendo en importancia. Pero la acción global tiene que empezar en algún sitio, y si no es en las Naciones Unidas, ¿dónde? (ECA, 2001; pp. 905-910)

No podía faltar la invitación a ratificar el Protocolo de Kyoto de 1997, para controlar las emisiones de efecto invernadero, finalmente firmado en Bonn: en julio de 2001, con la anunciada excepción de George W. Bush, porque la ecología es mala para la salud de la economía de los Estados Unidos. Igualmente, la ratificación, por parte de los Estados, del Tribunal Penal Internacional, creado en 1998, "que juzgue a los genocidas, que los tribunales nacionales no pueden o no quieren juzgar". Tan sólo unos pocos pequeños gobiernos lo han ratificado. También se pidió, a instancias de Bill Clinton, que los Estados colaboren proporcionalmente a sufragar los crecientes gastos de las Naciones Unidas.

Como en otras cumbres se hizo una referencia particular al continente africano. "África es un continente rico, pero los africanos somos pobres". No faltó quien hiciera referencia a que en Berlín, en 1888, se diseñó el reparto de África entre los países europeos. La pobreza, las guerras étnicas y las enfermedades, entre ellas el sida, están agobiando al continente. El plan de acción de Kofi Annan para el siglo XXI integra el binomio del alivio de la deuda externa y de la apertura de las fronteras de los países ricos a las exportaciones del Tercer Mundo, que se viene repitiendo desde Seattle hasta Génova.

El objetivo de gobernar la globalización aparece al interior de este mosaico global. "Creemos que la tarea fundamental a que nos enfrentamos es conseguir que la mundialización se convierta en una fuerza positiva para todos los habitantes del mundo, ya que si bien ofrece grandes posibilidades, en la actualidad sus beneficios se distribuyen de forma muy desigual, al igual que sus costos. Por eso consideramos que sólo desplegando esfuerzos amplios y sostenidos para crear un futuro común, basado en nuestra común humanidad, en toda su diversidad, se podrá lograr que la mundialización sea plenamente incluyente y equitativa.

Los problemas mundiales deben abordarse de manera tal que los costos y las cargas se distribuyan con justicia, conforme a los principios fundamentales de la equidad y de la justicia social. Los que sufren o los que menos se benefician merecen la ayuda de los más beneficiados... El logro de esos objetivos (desarrollo y erradicación de la pobreza) dependen, entre otras cosas, de la buena gestión de los asuntos públicos en cada país. Depende también de la buena gestión de los asuntos públicos en el plano internacional y de la transparencia de los sistemas financieros, monetarios, comerciales. Propugnamos un sistema comercial y financiero multilateral abierto, equitativo, basado en normas, previsible y no discriminatorio... Pedimos a los países industrializados: que adopten una política de acceso libre de derechos y cupos respecto de virtualmente todas las exportaciones de los países menos avanzados... Que concedan una asistencia para el desarrollo más generosa, especialmente a los países que se están esforzando genuinamente por destinar sus recursos a reducir la pobreza".

Los jefes de Estado de los 154 países presentes suscribieron, y tal vez leyeron, las ocho densas páginas de la Declaración del Milenio. Tal vez algo escu-

charon los tradicionales defensores del libre mercado y de la imparable globalización. Desde luego el neoliberalismo tiene motivos sobrados para entrar en un proceso de autocrítica, en espíritu de contrición, es decir, con propósito de enmienda, y no de simple atrición, por miedo al castigo de la explosiva violencia antiglobalización. La Declaración del Milenio no está hecha de palabras huecas, y en Génova 2001, el G-7/8 reconoce algunos de estos problemas: “El G-8 frente a los problemas de la mundialización” (*Le Monde*, 16 de julio de 2001); “La ralentización de la economía es mayor que lo previsto”. (*Le Monde*, 20 de julio de 2001); “Los países industrializados se enfrentan en Génova al reto de la crisis económica” (*El País*, 20 de julio de 2001); “Los países ricos reconocen que sus trabas al libre comercio frenan el desarrollo” (*El País*, 22 de julio de 2001); “Los ocho prometen el diálogo al movimiento antimundialización” (*Le Monde*, 23 de julio de 2001); “Las Iglesias contra la colonización de los países pobres” (*Le Monde*, 19 de julio de 2001)

9. ¿Gobernar la globalización?

Lo que en el título se presentaba como una afirmación se plantea ahora como una pregunta: ¿es posible gobernar la globalización? Franz Hinkelammert, en su artículo *El huracán de la globalización*, de 1997, indica claramente la dificultad: “El proceso de la globalización pasa desde hace dos décadas por encima de América Latina, así como pasa por encima del mundo entero, como un huracán. La privatización de las funciones del Estado, el libre comercio, el desencadenamiento de los movimientos internacionales de los capitales, la disolución del Estado social, la entrega de las funciones de planificación económica a las empresas multinacionales y la entrega de la fuerza de trabajo y de la naturaleza a las fuerzas del mercado han arrollado el continente”. (*Economía Informa*, N° 255, marzo de 1997, p. 11) Pocos párrafos indican con tanta fuerza la dificultad, casi imposibilidad, de controlar una globalización imparable, y al mismo tiempo la necesidad de someterla a control.

De 1997, año de la crisis financiera mundial, a nuestros días hemos sido testigos de que en varias cumbres mundiales y en los escritos de autorizados pensadores se están realizando serios avances por gobernar la globalización. La intención de este artículo ha sido recoger algunas de estas propuestas y avances. Esto significa que no se trata sólo de un debate teórico, sino de una lucha y batalla prolongada, dados los traumas económicos y sociales de la actual globalización. Hoy podemos hablar de fuerzas opuestas proglobalización y antiglobalización, indicando que dentro de cada frente hay intensidades y posiciones diferentes, que, a su vez, complican el proceso de gobernar la globalización.

Joaquín Estefanía, asiduo comentarista de *El País*, distingue cinco categorías de propuestas en relación con la globalización, “con todo lo que de maniqueo supone una calificación de este tipo, que exigiría más matices”. Estefanía pre-

senta así sus cinco categorías: “En primer lugar están los hagiógrafos de la globalización feliz, aquellos que creen que todo lo que ella procura es bueno; aquí se cuentan los neoliberales sin fisuras y toda la carundia que estos días escribe del “movimiento” sobre la globalización sin entender nada de lo que sucede, insultando, acusando a sus componentes de indigencia intelectual desde su indigencia intelectual, que es la que les ha conducido al marginalismo de la derecha radical, impidiendo la presentación de alternativas, al socaire de la violencia”. (Nota: Estefanía se refiere a algunos articulistas que acusan de “pobreza intelectual” a los críticos de la globalización, confundiendo a pacifistas con violentos, o el caso de Carlos Malamud que arremete contra José Vidal Beneyto y otros corresponsales de *El País*, porque dicen que detrás del tratado del ALCA merodea el fantasma del imperialismo norteamericano. Lo cual no es tan imaginario.)

A continuación están los que cuestionan tan sólo los más flagrantes defectos de la globalización, como por ejemplo el trabajo y la explotación infantil, pero obviando u ocultando otros defectos centrales de la globalización, como la creciente desigualdad que genera o la ausencia en muchas zonas del mundo de los beneficios de la misma. En tercer lugar, los que defienden otro tipo de globalización que acompañe a la única realmente existente, la financiera; son los que pretenden una globalización de los derechos económicos y sociales, de los derechos humanos, de la ecología, y que sea gobernada por los representantes libremente escogidos por los ciudadanos, no por los mercados; se confrontan con esta globalización, pero no con el sistema ni con la economía de mercado. Por ello, no se encuentran cómodos con el calificativo de *globafóbicos*. Están contra la globalización sin semáforos, sin reglas de juego, que produce perdedores con los que nadie sabe qué hacer.

En cuarto lugar, están aquellos que critican la globalización, pero también se confrontan con radicalidad con el sistema; pero son pacíficos. Por último, están los violentos, claramente minoritarios, pero que quieren quedarse con las señas de identidad del movimiento y pueden destruirlo o dejarlo en la marginalidad de las vanguardias, y no en el marco de referencia central de nuestra época como es la globalización. No han aprendido de la historia y de las consecuencias despóticas de la violencia organizada”.

Conviene aclarar que Estefanía, citando a Susan George, califica de “flores venenosas” a este grupo de los violentos sin propuestas: “la violencia puede acabar con el movimiento sobre la globalización, que es una de las mejores esperanzas políticas de los últimos tiempos”. Muy en resumen, ésta sería la crítica a los violentos: “Hacen inevitablemente el juego al adversario...; las ideas, las razones, las propuestas quedan escondidas. Cualquiera que piense que rompiendo escarpates y atacando a la policía “amenaza al capitalismo” no tiene pensamiento político. Es un necio. No se puede construir un movimiento amplio y popular sobre la base de la violencia; la gente no vendrá a las manifestaciones ni seminarios

de estudio. No es democrático; aparecen como flores venenosas... Se insulta a los que rechazan la violencia, tratándolos de reformistas..., esperando el gran día del asalto al Palacio de Invierno”.

Hecha esta acotación, Estefanía dice que el movimiento de crítica razonada ha generado una “globalización desde abajo” frente a la globalización desde arriba. En consonancia con lo aquí escrito Estefanía menciona ciertos logros. “En pocos años ha conseguido algunos objetivos que benefician a todos los ciudadanos: actualizar la causa de los derechos económicos y sociales, que en muchos casos son desconocidos y están más retrasados que los derechos civiles, medioambientales o de género (el 80% de la población mundial no tiene ningún tipo de protección social); mostrar las lacras de la globalización, que no se mencionaban o permanecían ocultas en los discursos; tensar a la izquierda sistémica— a la que ha sustituido en muchas movilizaciones y en la calle —y hacerla asumir algunos de sus puntos de vista; lograr la autocritica de organismos como el FMI, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, a favor de una democratización de los mismos, mayor transparencia en sus actuaciones, etcétera... La parte central de este movimiento está a favor de *la globalización global*. Son *globafóbicos* de una globalización financiera y, además, mutilada... El secretario general de la ONU, Kofi Annan, recordaba hace unos días que 630 millones de personas quieren entrar en el mercado global como productores y consumidores”.

Joaquín Estefanía, utilizando palabras de Susan George, dice que “los globafóbicos han recibido últimamente apoyos inesperados: Alan Greenspan se inquieta ante la exuberancia irracional del mercado; George Soros cree que demasiado capitalismo mata al capitalismo; Joseph Stiglitz, antiguo economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial, se muestra obsesionado por la repercusión y severidad de los programas de ajuste estructural en los países pobres; el director de Economía Global de Morgan Stanley se turba ante la inminente cruda guerra entre capital y mano de obra; etcétera. Sin embargo, nadie parecía unir todo eso, al menos en público, hasta ahora. El movimiento ha tenido la virtud de recordarnos que una cosa es constatar el aumento de los intercambios mundiales y el papel de las nuevas tecnologías, y otra distinta decir que constituye un sistema mundial autorregulado y, por tanto, que debe escapar a los controles políticos. Lo primero es una descripción; lo último, una ideología”. (Estefanía J.: *Las flores venenosas*. *El País*, 26 de julio de 2001)

Aunque no podemos concebir la globalización como una naranja compuesta de gajos separados, porque todo está unido, sin embargo, es posible diferenciar zonas, aspectos o fenómenos que han recibido una crítica casi universal, solicitando su control y regulación. El congreso de la Internacional Socialista, el G-7 y los gobiernos de países industrializados, antes y después de la cumbre de Okinawa, de julio de 2000, están plenamente de acuerdo en la necesidad de vigilar y controlar los flujos de capitales especulativos de corto plazo, tanto más que por ahí circulan

aguas negras del lavado de la droga, comercio de armas, prostitución organizada. En un artículo anterior, agregamos al testimonio de George Soros la petición de connotados economistas que solicitan el control de estos capitales especulativos, así como la supresión de los paraísos fiscales. (ECA, 1998; pp. 904 y ss.) Esto significa que al interior del libre mercado internacional circulan estos bienes y servicios de origen y destino criminal. Sabemos que a cierto país le aflige el comercio de la droga, pero en la cumbre del Milenio se pidió a todos los Estados controlar el comercio de armas pesadas y ligeras, que alimentan guerras intestinas y a veces verdaderos genocidios. Por propio interés, los G-7 y los G-20 solicitan que se controle severamente este hijastro de la globalización.

Si analizamos el propio comercio internacional de bienes y servicios, lo que ha hecho famosa a la ciudad de Seattle no es la Boeing o la Microsoft, sino la desairada cumbre de la Organización Mundial del Comercio. Desde 1999 se viene hablando del "fantasma de Seattle" y del "hombre de Seattle" opuesto al "hombre de Davos". Esto nos recuerda que los delegados de los países en desarrollo tendrán su voz y su voto en la próxima reunión de la OMC en Qatar. Esta cumbre está generando nerviosismo y expectativas, aunque a cuatro meses de distancia no se conozca el orden de agenda, que deberá exponerse a estos países. Que en Génova-G-7 se diga: "Los países ricos reconocen que sus trabas al libre comercio frenan el desarrollo", significa cierto avance. Que a los reclamos de los manifestantes pacíficos se sume, entre otros, el testimonio de Joseph Stiglitz: el libre comercio en poco o en nada ha beneficiado a los países en desarrollo y que la teoría del libre comercio es un fraude intelectual, algo significa. En la reciente cumbre de Quebec, Fernando Cardoso exigió una apertura recíproca, criticando las medidas *antidumping* de los Estados Unidos y las asimetrías existentes en bienes agrícolas: "El ALCA será bienvenido si su creación significa un paso para dar acceso a los mercados más dinámicos, si efectivamente significa el camino para las reglas compartidas *antidumping*, si reduce las barreras arancelarias, si evita la distorsión proteccionista de las buenas reglas sanitarias. Pero si no es así, sería irrelevante o, en el peor de los casos, indeseable". Fernando Cardoso criticó a G.W. Bush por negarse a firmar el protocolo de Kyoto y recomendó escuchar a los manifestantes, en este caso, a los participantes de la Cumbre de los Pueblos. Tanto en Quebec como en Génova la atención de algunos diarios y gobiernos se centró en "la toma de ciudad" por los grupos violentos. (*El ALCA, un acuerdo entre desacuerdos*; de próxima aparición en ECA)

Aunque sea a modo de paréntesis y dada la miopía ideológica de quienes condenan cualquier forma de manifestación, vuelvo a recordar las reflexiones del Joaquín Estefanía, citando a antiglobalistas intelectuales como Susan George y Emma Bonino, que se pronuncian en contra de los manifestantes violentos porque opacan las demandas y las propuestas razonadas de una corriente mundial de manifestantes, y porque algunos medios de comunicación se centran en la violencia y silencian a quienes hablan de "La otra globalización". (*Proceso*, N°

961; pp. 4-6) En estas páginas he tratado de recopilar las críticas de economistas internacionales; lo que vienen haciendo los manifestantes racionales y razonables es trasladar esa crítica a las calles. Como indica el artículo citado de *Proceso*, a todos nos causó estupor escuchar la frase de George W. Bush: “Los manifestantes de Italia condenan a los pobres a la miseria”. (*El País*, 19 de julio de 2001) Realmente, no hay síntomas ni capacidad de autocritica en algunos jefes de gobierno.

Deseo agregar dos testimonios que algo pueden ilustrar a nuestros gobiernos y otros grupos sociales. Hice antes referencia a la cumbre de Primavera del FMI y BM en Washington, abril 2000, cuando los manifestantes atacaban a la “trinidad pagana” (FMI, BM y OMC). ¿Qué dicen los manifestantes? : “Antes defendíamos los derechos civiles; ahora luchamos por los derechos humanos. Si la policía no nos deja manifestarnos, estará violando la constitución. La moralidad está antes que la legalidad... El mensaje está dado y que el Fondo y el Banco Mundial digan que quieren cambiar ya es un triunfo” (*El País*, 17 de abril de 2000). Y ¿cuál fue la respuesta del FMI y el BM? Vayamos a su reunión en Praga, septiembre de 2000. El nuevo presidente del FMI, Horst Köhler aceptó que “la globalización de la economía está causando inquietudes legítimas y que el Fondo es una institución abierta que aprende de la experiencia y del diálogo; confío que esta reunión de Praga sea un hito importante en este diálogo y en esta discusión abierta sobre el futuro papel del FMI”. Köhler aceptó la iniciativa de dialogar con las ONG y Wolfensohn tuvo dicha reunión.

“Hemos subestimado la capacidad de protesta de las ONG”. Aunque estas protestas ensombrecen el ánimo de la institución, “hemos intentado formar un foro permanente con todas ellas. Pero resulta difícil; si alguna acepta, otras la acusan de haberse vendido... Lo positivo es que se está hablando más de la desigualdad. Esta preocupación la compartimos. Lo que les preocupa son los mecanismos. Esta mañana me he reunido con algunas de ellas y me dicen que lo que hacemos no es suficiente y que no se les toma en cuenta la suficiente. Pero es que hace cinco años no se les consultaba en absoluto. Muchas de las manifestaciones deberían darse en los países en los que tienen problemas para participar en los proyectos. Yo no puedo hacer eso. Respecto a los gobiernos hay ciertos límites que el Banco tiene que respetar... Las ayudas de Occidente al Tercer Mundo no han hecho más que menguar y creo que esto es un crimen...Una de las cosas que pueden desestabilizar a los países desarrollados son las protestas sociales en todo el mundo, y creo que las cifras se están volviendo tan apremiantes que corremos un serio riesgo” (*La protesta contra la globalización ahonda la crisis del FMI y el Banco Mundial. El País*, 28 de septiembre de 2000) Algún crédito hay que dar a estos testimonios que recomiendan entrar en un proceso de escucha y diálogo con estos manifestantes. Como dijo Wolfensohn en Praga, lamentablemente los grupos violentos nos obligan a reducir el contacto a un “diálogo virtual”.

Por lo que hace al gran Occidente, en los últimos años, al hablar de la bolsa de valores y de los ponderados inversores se agrega un nuevo ingrediente; “la burbuja”, y su activador: la especulación que desborda al mercado regulador. En Davos-2000 se consagró “la nueva economía” norteamericana, creadora de un crecimiento sostenible e indefinido. Seis meses más tarde, la especulación, que es el arte de vivir del trabajo ajeno, erosiona el anunciado crecimiento y al finalizar el año, Alan Greenspan dice: “la tasa de crecimiento es probablemente cercana a cero”. (ECA, 2001; p.129) La recesión se contagia al viejo continente y por carambola al resto del mundo, dejando en descrédito al *laissez-faire*, que ya no es tan *laissez-faire*. Así es como en el camino nos encontramos con ciertas paradojas. El gobierno de G.W. Bush predica el libre mercado hacia fuera, pero para corregir la recesión interna combina la baja de las tasas de interés con la reducción de los impuestos y un elevado gasto público (escudo antibalístico). Todo esto significa que Keynes no está “*démodé*”. Cuando la agenda de Davos-2001 es recuperar el crecimiento y reducir las desigualdades, deducimos que la globalización no funciona bien para unos y menos para otros. No están muy errados quienes hablan de gobernar la globalización.

Para nosotros se alza una nueva dificultad: no podemos avanzar mucho en la línea de gobernar la globalización sin refundar el Estado. La mayoría de nuestros Estados-Gobiernos se sitúan en la categoría primera, o tal vez segunda, de la clasificación presentada por Joaquín Estefanía. La globalización es esencialmente buena y el libre comercio internacional es nuestra tabla de salvación. Esta es la impresión que causan algunos párrafos del acuerdo de Quebec firmado por nuestros gobernantes: “las economías abiertas y libres, el acceso a los mercados, el flujo sostenido de las inversiones, la formación de capitales, la estabilidad financiera, las políticas públicas adecuadas, son claves para reducir la pobreza y la inseguridad, elevar los niveles de vida y promover el desarrollo sostenible. El libre comercio sin subsidios ni prácticas desleales, acompañado de flujos crecientes de inversión productiva y de una mayor integración económica, favorecerá la prosperidad regional, mejorará las condiciones laborales de los pueblos de las Américas y protegerá mejor el medio ambiente”.

La música suena bien, pero no deja de ser el canto de las sirenas. Dos breves comentarios, uno más crítico y otro bien realista. Los representantes de La Cumbre de los Pueblos afirman que “El proyecto del ALCA es un estatuto de derechos y libertades para los inversionistas, consagrando la supremacía del capital sobre el trabajo, transformando la vida y el mundo en mercancías, negando a los derechos humanos, saboteando la democracia y socavando la soberanía de los Estados”. Por ello es necesario cambiar el eje “comercio para la democracia representativa” por el eje “democracia participativa para el comercio”. Exigen que los pueblos participen y sean tomados en cuenta, pues así podrán contribuir a forjar un nuevo destino social y económico, en el respeto mutuo y la solidaridad compartida”. (CIDAI: “Divergencias en torno al ALCA”. ECA 2001; pp. 395-399)

El otro documento es típicamente realista. Carolina Alas presenta un ordenado análisis del *Nuevo Entorno Internacional del Comercio* en los N° 170 y 180 del *Boletín Económico* de FUSADES, señalando claramente cuáles son los requisitos para insertarse con éxito en la economía mundial. Detalla la calificación que la CEPAL ha dado a nuestro país para que se apliquen las medidas correctivas necesarias. Sin la mínima agresividad este breve y claro análisis nos enseña a ser realistas y a aplicar medidas realistas.

Un documento final y reciente nos muestra la necesidad de refundar el Estado: El *Informe sobre Desarrollo Humano 2001*. En el prólogo de Bruno Moro, leemos “que es imprescindible y urgente ampliar y fortalecer la institucionalidad del sector público. Aunque la percepción que se tiene del Estado continúa siendo bastante negativa, sigue siendo la institución con mayor capacidad de liderar el restablecimiento de la confianza para alcanzar objetivos colectivos. Redescubrir y fortalecer el Estado en pleno proceso de globalización y liberalización económica es, por tanto, una de las principales tareas que tendrá que iniciar pronto El Salvador, para continuar avanzando hacia mayores niveles de desarrollo humano” (p. IX)

“En el caso de El Salvador, sin embargo, la persistencia de brechas en la realización de los derechos humanos fundamentalmente, junto a los problemas de ineficiencia, desorganización y falta de transparencia que presentan algunas entidades públicas y privadas, deteriora la credibilidad en las instituciones que son necesarias para un Estado democrático de derecho. Por esa razón, el gran desafío identificado en este informe consiste en construir instituciones sólidas, que recompensen la creatividad, la productividad, la eficiencia, la responsabilidad, la justicia, la transparencia, la participación y la solidaridad. El resultado de ello sería un auténtico Estado democrático de derecho, con empresarios y burócratas más eficientes y honestos, con ciudadanos más comprometidos y mejor informados”. (p. 4).

Más preocupante aún es la pérdida progresiva de confianza ciudadana en las instituciones públicas. Ahora la población confía menos en los procesos electorales que hace seis años, tal como lo demuestra el creciente ausentismo electoral. Instituciones como la Asamblea Legislativa, el gobierno central y el sistema judicial son algunas de las instancias en las que menos confía la ciudadanía. A éstas sólo las supera la desconfianza en los partidos”. (p. 10)

La tarea no es nada fácil por ser, al mismo tiempo, antiglobalización y proglobalización, porque reconocemos todos sus aspectos positivos. La solución no es decir NO a la globalización (Emma Bonino), sino convertirla en una globalización global. Esto requiere un aprendizaje académico y práctico, con la radicalidad de la razón y del compromiso humano. Algo hemos aprendido, pero encontramos una dificultad adicional. No vemos todavía entre nosotros aquel impulso de que hablaba Alain Touraine: “La segunda respuesta es que los cen-

tros políticos de decisión sólo pueden luchar contra ciertas consecuencias de la economía si son forzados a intervenir por demandas sociales organizadas que se expresan por la vía electoral, a través de los medios de comunicación y, más directamente aún bajo la forma de movimientos sociales". También dijo: "no perdamos más tiempo".